

El idioma, ¿le suena?

Eduardo Keudell

Una reflexión muy audaz me lleva a enunciar que el inglés es a Inglaterra lo que el castellano es a Castilla: muchas gracias. Algún puntilloso que anduviera suelto podría añadir: «... y el catalán es a Cataluña lo que el gallego es a Galicia o el euskera a Euskadi», y así, en el mismo sentido, sucesivamente, se diría del italiano, el francés, el alemán, etcétera. De modo que en este país se está más bonito callado, como insinuó Millán Astray en Salamanca cuando Unamuno.

Pero el verbo surge como el Verbo Divino, por generación espontánea, que en carne mortal se da en llamar rumor. Evidentemente el rumor humano está más degradado que el rumor de las olas o el viento, así que trataré de ser preciso. Cada tanto se monta el escandaleta por lo del euskera en Euskadi. Pero en Euskadi hay tres opciones: 1-Estudiar todo en euskera y el castellano como asignatura. 2- Todo en castellano y el euskera como asignatura. 3-Mitad en castellano y mitad en euskera. Ahora bien, quizá sea porque Aznar lo parla en la intimidad, pero el caso es que sobre la «inmersión lingüística» catalana no se murmura. En Cataluña no hay opciones: se enseña sólo en catalán, y el castellano es una asignatura que se introduce en 1º o 2º de primaria y, hace dos o tres cursos, se introducía en 3º (niños de 8 años) junto con el inglés y al mismo nivel. En cuanto a la universidad, se estudia oficialmente en catalán. En resumen: un español que no sepa catalán no puede optar a una plaza de maestro o profesor en Cataluña porque se exige «conocimiento y dominio» del catalán. ¿Vale?

•

Como el lector avezado sabe, lo dicho es para adornar una certeza: el castellano es el capital más importante de Castilla y León. Pero la Junta, a pesar de su empeño en las rutas del idioma, en las ferias y congresos de la lengua, en los premios de las Letras (¿para cuándo Pereira y Umbral?), en fin, carece de la suficiente creatividad para obtener plusvalías de este idioma propio, que es el segundo de Occidente con casi cuatrocientos millones de hablantes.

•

España representa más o menos el 10% del mundo hispánico, y parece que se edita y se labora para esta nimiedad proporcional que es incapaz de consumir más de tres mil ejemplares de un libro de la poesía más excelsa (de prosa se vende un poco más). En estas circunstancias tan promiscuas, en que un éxito editorial depende del marketing, de la ligereza de la prosa, de la cara conocida o de la pasión turca, es reconfortante que salga a la venta un volumen del enorme Pereira bajo el título «Me gusta contar», editado por el Taller de Mario Muchnik, que es otro grande. Como se aclara en la portada, este libro es una «selección personal de relatos», algunos tan cortos como diez líneas pero con toda la potencia nuclear del átomo. Lo bueno es que el valor añadido que tiene la literatura de Pereira, el magisterio de su oficio de escribir, trasciende hacia la deontología. Esta es una ciencia en desuso porque se refiere a los deberes morales del quehacer humano, y en el sálvese quien pueda del naufragio contemporáneo la sociedad se aferra azarosamente a lo que flota, es decir a la quiniela y al cupón, porque la moral se hundió hace rato, como es fácil constatar echando una mirada al horizonte.

Pereira es un ejemplo de la deontología literaria que se perpetúa en él y no se me ocurre ahora en quién más. De modo que como el lector habrá notado otra vez en lo que va de texto, a lo que yo iba es al idioma, como valor absoluto de Castilla y León y su proyección americana, al idioma, digo: es decir a Antonio Pereira. ¿Le suena?